



# Oselito en el Frente Extremeño

## EL ENEMIGO

¡Er campo enemigo! ¿Qué habrá detrás de esos sacos terreros? —me he preguntao muchas veses— ¿Cómo se la apañarán pá viví juntos tantos pajarracos de distintos níos? ¿Tendría er suficiente való pá meterme indefenso en er féudo de don Gonzalo de las Viñas? ¿Való... quisá requisando toás las existencias pudiera reuní pa er viaje; pero ¿cómo paso? ¿Por dónde y cómo?

Ar fin lo conseguí tó de la manera más sensilla der mundo. Argo paresío ar sélebre huevo de Colón, sarvo que a mi podía costarme argo más la empresa que a Colón la suya. No había má que tirá pá alante, pasá por sierto sitio sin líneas de trincheras y... ya está.

Confieso que ar pisá tierra enemiga mi corasón sartaba como purga castuñana. Aquella soledá, aquer silencio der campo en pleno día impresionaba más, mucho má que en noche tenebrosa. En cinco o seis kilómetros de fondo no encontré un alma: cortijos abandonados, restos de coches ar borde der camino, trigales sin segá, cañones inutilisaos... Poco a poco fuí divisando grupos de moros acampao entre los olivares, segaores trabajando rodeaos de sivilitos, campesinos en sus borriquillo con un «¡Guás tardel!» por saludo. Un alemanote en manga de camisa, mientras trasaba líneas de fortificaciones, contaba a los obreros chascarrillos de su tierra obligándolos a reirse con un látigo. Más allá, un ofisiá italiano cantaba a gra i vó er «condió a la vida», y un coroné de nuestro antiguo ejérsito le sujetaba humildemente er caballo. Argo más laío, unos pobres portugueses descargaban muebles mientras otros tiraban fieramente de carrillos de mano o sacaban agua en la noria. Me dió asco aquello y seguí mi camino.

Entré en un pueblo grande como una ciudad (lástima que lo delicao del asunto me impida ser más claro.) Unos morosos enormes pasaban la calle a grandes sancadas, manoteando, gritando no sé que cosas. Llevaban a cuesta máquinas de escribí, paraguas, chisteras viejas, chupetes, relojes de paré, niños de pechos... Desde la esquina un ário puro los veía alejarse con ojos tiernos. Tó er pueblo se hallaba adornao con flores de papé, ga-

llardetes y banderas monárquicas. Corrí ar gran casino de la ciudad pa vé a los ricos. No había ninguno: solo jefes alemanes, italianos y tál o cuánta ofisiá español como invitao. Servían camareros portugueses. En una gran pisarra se leía: «Mejó informao podemo desí que no es sierta la toma de Madri; pero que no se ha lograo por una Miaja».

Pasó una posesión, luego otra y otra. Más tarde un desfile militá fantástico, impresionante; uniformes brillantísimos, armas modernísimas, marsialidá perfecta. Declaro que quedé verdaderamente apabuyáo; mas de pronto, aprovechando ser

ya casi de noche, me agaché y sobre los adoquines soné un duro. ¡La que se armó! Generales, clases, sordáos y espectadores, deshaciendo en un momento la brillante formación, cayeron como leones en confuso montón sobre er sitio donde había sonáo la plata; los que iban delante en la posesión, al enterarse, regresaron rápidamente, acometiendo a los guerreros ferosamente.

—¡Un duro! ¡un duro!—, gritaban.

¡Una catástrofe! Sangre de tós colores corrió por las calles como italianos en Guadalajara y yo conseguí escurrirme, armiráo del éxito.

A la puerta de una taberna unos curas gordos y coloraos jugaban ar tute frente a unos sivilitos de caras lívidas y ojos biscuits. Hasía mucho tiempo que no persibía el característico oló a macho cabrío de las sotanas y al hule de los tricrrios, y sentí repugnancia. Me alejé de allí. En er sentro de una plasita, argo que no puede presisá ardía y a su alrededor unas espantosas damas cetequiístas, toás con gafas, cuellos de avestru y patas de canguro bailaban en rueda...

z . . . z . . . z . . . z . . . z . . . z . . . z . . . z . . . z

—¡Oselito! ¡Oselito! ¿Qué te pasa, hombre?

—¡Ná, ná! ¡Que he tenío un sueño más malo...!

OSELITO

Castuera, julio.

## Aspectos del nuevo Ejército de la República



El jefe y el soldado son hoy camaradas. La disciplina de nuestro ejército es más férrea, más profunda que la del viejo ejército que acusaba como ningún otro organismo del Estado, la separación en castas; pero esto no impide que en los ratos de descanso en la campaña y con esa alegría que dá la seguridad del triunfo y el luchar conscientemente y por una causa justa, jefes y soldados se diviertan juntos y como camaradas.

En esta foto, dos combatientes —no importa, entonces de qué grado— se han «camuflado» para divertirse y divertir a los demás. Uno como un primer ministro de cualquier imperio y el otro a quien le ayuda mucho su parecido natural, de Napoleón I.

Sin duda estarán discutiendo sobre la guerra de España —quien puede hablar hoy de otra cosa— y acaso al evocar a aquel que quiso «conquistar España», digan: «Aquí en España tuve yo la primera derrota de las que me habían de llevar a mi fracaso; ese Hitler y ese Mussolini no saben donde se han metido: ¡Buenos son los españoles para ser conquistados! Esos alemanes y esos italianos han encontrado la entrada libre; pero la salida... va a ser a palos».